



IMÁGENES DE INTERNET. COMPOSICION



Escribidora:
MARILÚ DULANTO
(Lima, 1942)

Alas de María

Conocí a María en una reunión típica italiana, donde la Tarantela de fondo musical y el vino, sus anfitriones, eran el marco que iluminaba su rostro.

Estaba de paso por Montevideo y me invitaron a esa mágica reunión, cuyo corolario fue ver que María sentada en una silla de ruedas, era llevada por su esposo mientras se despedía abrazando a los amigos. Su gran sonrisa y expresiva alegría me impresionaron profundamente, más que su limitación. Así fueron pasando los años y en mis visitas asiduas mi admiración hacia ellos se consolidaba. Durante una de ellas, me invitó a su cálido chalecito.

En nuestras charlas, muchas veces en la playa, cuya magia del atardecer y la cálida brisa marina nos envolvía, fuimos forjando nuestra profunda y larga amistad.

Ella nació como cualquier niña, llenando de alegría su hogar. Mamá y papá estaban henchidos de felicidad con sus primeros pasos. Era bonita, graciosa y muy juguetona. Sus travesuras y su constante balbucear encandilaban su entorno. Cuando bordeaba los cinco años, la fatalidad cayó como inesperado y cruel rayo sobre la familia. Un atropello, un accidente y el feliz papá perdió la vida y María la movilidad en las piernas.



Su infancia continuó desarrollándose y siempre se las ingenió para formar parte de la pandilla del barrio. Su silla de ruedas había sustituido sus piernas, y sus brazos ponían magia y velocidad para desplazarla tan ágilmente como una batuta en manos de su director.

Seguía siendo bonita, graciosa y juguetona. Infatigable, compartía juegos, carreras y tertulias con los amigos del barrio, en donde ella era la líder y su vida fue desarrollándose como mujer, convencida que el matrimonio no era para ella.



Un día desembarcó en costas uruguayas, Hasko, marinero yugoslavo cuya vida de puerto en puerto e innumerables experiencias, lo impulsó a buscar un nuevo horizonte. Conocedor de todos los caminos, él comenzó a respirar ese nuevo olor a sereno mar y la paz que sentía en esa tierra.

Con sus pocos ahorros, decidió anclar. Tenía más o menos veintiocho años. Era alto, hermoso y hercúleo, pinta típica de un marinero de película. María, que había cumplido dieciocho años, seguía liderando el grupo con alegría y vitalidad.

Cierto atardecer que el calor agobiaba, en las tertulias frente al mar tomando mate y llenando con bulliciosas conversaciones y risas el plácido paisaje, fue apareciendo un personaje. El humo del cigarrillo envolvía mágicamente su rostro, más no sus musculosos brazos. De pie, miraba en silencio al grupo bajo el cielo tachonado de estrellas. Y fue invitado a compartir ese especial momento.

Las reuniones vespertinas eran el solaz de los calurosos días y poco a poco, como dos imanes, la conversación entre ellos fue fluyendo. Con lo poco de español que él sabía y María sin conocer su idioma, fue produciéndose la magia de su entendimiento y el nacimiento de una profunda amistad.

Así, Hasko fue formando parte del bullicioso grupo con su silenciosa presencia y agradecimiento. Había anclado, encontrando en ese puerto la paz ansiada.

Comenzaba el frío y las tertulias cambiaron de escenario. Una tarde Hasko acompañó a María a su casa y al despedirse la miró profundamente. Sus ojos se quedaron como hipnotizados y él, en voz baja le preguntó:
—¿Te casarías conmigo?

María, sin responder su pregunta, le dijo:
—¿Puedes empujar mi silla? —Lentamente cruzó el jardincito de su casa y entró.

Al día siguiente conversó con su médico. Le puso al tanto de la inesperada petición, una ilusión nunca soñada, tener una pareja y formar un hogar. Al salir del consultorio, con lentitud y gran serenidad se dirigió al malecón, lugar donde siempre se reunían a esa hora.

Él, como todos los días, apoyado en la baranda la estaba esperando. María, espontánea y vivaz, como entonando una bella melodía y mirándolo fija y profundamente, casi acariciándolo, le respondió:
—¡Sí, claro que sí!

La boda se realizó. La madre de María, olvidando su ancestral angustia irradiaba alegría y felicidad.

Cuando los conocí, celebraban veinte años de feliz unión.

